

agricultores españoles los beneficios que obtienen de esos artículos, producirán tesoros no menos considerables que los de las minas.

El agente continuó por algunos momentos desarrollando á nuestra vista las diversas ventajas que debia producir la independencia, con tanta habilidad, que antes que hubiese terminado su discurso, nos hallábamos convencidos; en seguida nos entregó una considerable cantidad de proclamas en que se repetían, con corta diferencia, las mismas palabras, y como la embarcacion se hallaba completamente cargada y avanzada la noche, el doctor se preparó á marchar. Echóse al mar la segunda canoa para remolcar la que iba cargada de aguardiente y mercancías; nos colocamos Albino y yo en la primera, y el doctor, con cuatro marineros, descendió á la segunda. En pocos momentos nos alejamos del bergantin. Sumergido en una meditacion profunda, el doctor guardaba silencio; Albino cantaba la cancion del contrabandista, con los ojos fijos en el cielo sembrado de estrellas. Mientras sus alegres versos se mezclaban al ruido de los remos que azotaban la agua, parecia haber olvidado que en el fondo del océano, que atrave-

saba cantando, yacía el cadáver de un hombre, poco antes lleno de vida, y que habia arrojado como presa á los tiburones. Repentinamente sentimos en la canoa que nos conducia un choque violento que interuumpió la cancion, y una masa negra y flotante cruzó por la popa.

—Mire vd., dije al contrabandista, mostrándole la garita del vigilante, que habia tropezado con nuestra canoa; esas olas de fuego que señalan el lugar por donde pasan los tiburones debajo del agua, ¿no le dicen á vd. nada?

—Sí, respondió Albino; los tiburones en este momento se festejan con un español. Y añadió, con voz fuerte, los primeros versos de una cancion que despues se convirtió en uno de nuestros cantos patrióticos:

Ya el septentrion libre  
Bebe en plácida copa  
El dulce néctar de la libertad.

Algunos momentos despues llegamos á la playa. En el instante en que iba á separarme de mis compañeros, el doctor me hizo seña de que me aproximase. Recuerde vd., dijo, que es de los nuestros. Mañana se encargará á vd. un mensaje



importante, y Albino le llevará mis instrucciones.

No pude llegar á la hacienda que administraba mi padre sino pocos momentos antes de la salida del sol. Me apresuré á referir á mi padre el ultraje que habia recibido, y no le oculté, ni el asesinato del guarda-costa, ni las conferencias con el enviado frances. Participando de mi sorpresa y espanto, mi padre me escuchaba estremeciéndose.

Así, pues, Ruperto, te has hecho, contra tu voluntad, cómplice de un asesinato, y te hallas comprometido en una conjuración contra el rey de España.

—Pero, padre, el rey de España no es mas que un frances.

—En todo caso, como uno solo de esos crímenes se castiga con la muerte, es preciso huir, hijo mio.

—Tengo que aguardar el mensaje, que me comprometí á llevar.

—¡Dios permita que llegue pronto! añadió mi padre abrazándome.

Sus deseos se realizaron, porque en la noche de aquel mismo dia, un hombre, con el rostro medio cubierto, con su *bayeta*, llegó á la hacienda preguntando por mi. Era Albino. Voy á hacer lo mis-

mo que vd., me dijo, á ausentarme. El flujo ha arrojada á la costa la garita del vigilante, y naturalmente las sospechas han de recaer sobre mí.

Al pronunciar estas palabras, Albino sacó del bolsillo una carta voluminosa.

—Este letrado que ve vd., añadió, y que ni vd. ni yo comprendemos, quiere decir: *Al Sr. D. Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de Dolores*. Le entregará vd. este pliego en mano propia, y le repetirá vd. lo que ha escuchado de la misma boca del agente frances, y aguardará vd. sus órdenes. Respecto á la persona que envía á vd., es el doctor D. Manuel Iturriaga, canónigo de Valladolid. Tal vez no está distante el tiempo en que volvamos á vernos, pero al frente de una guerrilla y dueños de los puntos en que nos vemos obligados á ocutarnos hoy. Como vd., voy á trabajar por el triunfo de nuestra independencia.

Albino montó su yegua, se alejó al galope, y yo me ocupé en los preparativos de mi marcha. El pueblo de Dolores se halla muy cerca de San Miguel el Grande. Mi padre ensilló con sus propias manos una mula, me entregó un bolsillo bien provisto y una larga espada toledana. Recuerda siempre, hijo mio, me dijo, la no-



ble y conocida divisa de llevan las hojas de Toledo:

No la saques sin razon,  
No la embaines sin honor.

En seguida me abrazó y tomé el camino de San Miguel el Grande.

Ya sabe vd. cómo entré en la carrera de las conspiraciones y de las aventuras militares. ¿Qué mas puedo decirle á vd? Mi vida, desde aquella época, ha sido durante muchos años, una série no interrumpida de combates, excursions y aventuras. El cura Hidalgo, para el que se me encargó el mensaje, fué el jefe de la insurrección de 1810 y desempeñó un gran papel en la historia de México. ¡Cuántas veces, y con qué frecuencia, despues de mis primeras campañas, veia yo en mis sueños aquel anciano de frente venerable, con sus ojos vivos y penetrantes, cuya elevada estatura, á penas hacian inclinar los sesenta años que contaba de vida! Nunca he olvidado, ni olvidaré jamas, el aspecto singular del cuarto en donde me recibió por primera vez el cura de Dolores, la mesa cubierta con una carpeta de paño ordinario azul, los crisoles, las redomas y alambiques, que se ofrecian á la vista en

un extraño desórden, al lado de los libros piadosos y de los rosarios de aquel sacerdote, no menos apasionado por la química, que por las aventuras políticas. No tardé en sentir su influencia y en comprender el genio de aquel hombre intrépido. Sin cesar era yo portador de sus mensajes, y recibia órdenes de su propia boca. Siete meses despues de nuestra primera entrevista, en la noche del 15 al 16 de Setiembre, se dió por el cura Hidalgo la señal de la sublevacion. El doctor Iturriga, el mismo que me habia comprometido á tomar parte en el partido de los independientes, habia caido peligrosamente enfermo en Querétaro, y acababa de revelar en sus últimos momentos el secreto de la conspiracion. No habia ya que vacilar, era preciso combatir ó morir. Yo asistí á la última junta que celebró Hidalgo con sus amigos; despues de una corta deliberacion, seguido de sus fieles y de cinco ó seis *serenos*, fué á dar orden al sacristan de Dolores para que tocara arrebato. Apenas se escucharon los primeros toques de la campana, cuando se oyeron por todo el pueblo gritos confusos, y grupos tumultuosos se formaban á nuestro derredor: aquellos grupos iban á formar el núcleo del ejército inde-



pendiente de México. Hidalgo se apresuró á manifestar á los supersticiosos habitantes de Dolores, que los españoles conspiraban contra la religion: nada mas fué necesario para convertir á aquellos inocentes paisanos en otros tantos adversarios de la dominacion española. A la mañana siguiente, cerca de cuatro mil hombres se hallaban reunidos á las órdenes de Hidalgo, y marchaban sobre San Miguel el Grande; la poblacion no hizo resistencia, y hasta los regimientos de la reina, pasaron á las filas de los insurgentes: desde aquel momento, parecia que habia triunfado la causa de la revolucion mexicana. Sin embargo, aquel gran movimiento, no era mas que el principio de la guerra. Por algunos dias fué creciendo el torrente; ciudades, provincias enteras, se tomaron á los españoles; pero éstos volvieron prontamente de su sorpresa; organizóse la resistencia, y con ella comenzó una guerra seria y terrible, cuyo primer período terminó con la batalla de Calderon, y del cual, mis recuerdos, si se los manifestó á vd. algun dia, ofrecerán á su vista las acciones y episodios mas memorables.

A esta relacion, que me dió á conocer el principio casi ignorado de la gran lucha, cuyo desenlace fué la libertad de Mé-

xico, siguieron algunos momentos de silencio. Habiamos llegado á la garita de Guadalajara, y echando á galopar, me encontré á los pocos minutos á la puerta del *meson*. Di gracias al capitan Ruperto por sus curiosas narraciones, y me separé de él con la esperanza de seguir bien pronto, en su compañía, el camino de Guadalajara á las costas meridionales de México.

#### LAS SIETE NORIAS DE BAJAN.

Guadalajara es uno de esos lugares de paso, adonde solo va uno á sus negocios, y de cuyo punto el viajero ocioso desea alejarse. Despues de haber empleado mas de una semana en visitar la ciudad y sus inmediaciones, creí que habia llegado el momento de proseguir mi excursion hácia las costas meridionales de México. El capitan D. Ruperto, lo mismo que yo, no era aficionado á la vida sedentaria, y al dia siguiente del en que le anuncié mi proyecto de marcha, cabalgá-bamos juntos por el camino de Tepic.

El primer dia de camino fué silencioso. A la mañana siguiente, despues de haber hecho alto en una de esas pobres ventas